

TEOLOGIA DE LA LIBERACION Y TEOLOGIA EUROPEA PROGRESISTA

Está claro que posiblemente la teología de la liberación, en sus orígenes, tuvo muchas relaciones con un tipo de teología que se hacía y se sigue haciendo en Europa y que podemos calificar de «progresista». También es verdad que cuanto más espacio vital ha ido conquistando la teología de la liberación, tanto más se han ido destacando las diferencias de ambas teologías. El presente artículo pretende hacer aparecer con más claridad la identidad de la teología de la liberación, destacando las similitudes y diferencias de esta teología con relación al estilo de hacer teología en el primer mundo.

Teología de la liberación y teología europea progresista, Misión abierta, 77 (1984) 395-410

Aclaraciones previas

Hacer una comparación entre Teología de la Liberación (TL) y teología europea requiere unas aclaraciones previas.

1. Cada una de estas teologías se hace en y para mundos distintos, considerados geográfica, histórica y teológicamente. La TL surge de, responde a y quiere servir desde la fe a las necesidades de un mundo mayoritariamente pobre y oprimido, a la liberación del tercer mundo respecto a la muerte presente activamente. La teología europea está elaborada en y para el primer mundo, caracterizado por una abundancia corresponsable de la miseria del tercer mundo, por la amenaza de deshumanización, de desinterés por lo religioso y por la pérdida del sentido de la propia vida. En este mundo europeo se hacen diversas teologías, según se capte la realidad del primer mundo, su pecado y su responsabilidad, sus posibilidades y retos para la fe. Dejando aparte la teología conservadora (irrelevante incluso para Europa) y la nueva teología de inspiración afin a la TL (que toma en serio el mundo de los pobres y oprimidos como lugar de renovación para la fe y la teología), optamos para nuestro trabajo comparativo con la TL por el tipo de teología que puede denominarse progresista (TP), que tiene el mérito indudable de haber superado la teología conservadora preparando la renovación eclesial del Vaticano II, pero que ahora está encerrada en sus métodos y contenidos sin abrirse al mundo de los pobres.

2. Por su parte, la TL no es algo monolítico; dentro de ella existen diversas etapas y corrientes, según las coyunturas históricas y el talante de los teólogos. Así pues, lo que aquí expondremos es una visión personal de la TL, muy influida por la situación en Centroamérica, aunque a nuestro parecer suficientemente representativa de los rasgos fundamentales de la TL en su conjunto.

3. La comparación que a continuación expondremos pretende fundamentalmente el esclarecimiento de los dos términos comparados. Sin embargo, dada la familiaridad del lector europeo con la TP, y la sospecha ambiental sobre la TL, el objetivo más directo será esclarecer la TL.

Una comparación detallada a todos los niveles (contenido, método, significado, consecuencias) entre la TL y la TP resultaría demasiado extensa; por ello nos concentraremos en comparar el quehacer teológico propio de la TL y de la TP en sus presupuestos más fundamentales, los cuales esclarecerán sus contenidos, método y relevancia.

La finalidad del quehacer teológico

Por ser reflexión sobre la revelación o sobre la fe, el quehacer teológico tiene que integrar en sí mismo la finalidad de la revelación y de la fe. Pues bien, tanto el AT como el NT comunican una revelación de Dios que ofrece a los hombres la liberación en dos niveles distintos y complementarios: liberación de lo negativo (pecado, esclavitud, opresión, muerte, etc) y liberación para lo positivo (advenimiento del reino de Dios, creación del hombre nuevo, divinización del hombre, consumación de la historia, etc). En estrecha unidad con esta correlación revelación-liberación aparece también la correlación liberación-fe del hombre, que consiste en un doble movimiento: responder en fe, gratitud y esperanza a la acción liberadora de Dios, y corresponder a ella en la activa liberación de los demás.

A lo largo de la historia toda teología cristiana creativa ha considerado importante determinar en concreto aquella opresión de la que hay que liberar y aquella realidad plena para la que hay que liberar. Para ello la teología siempre ha podido recurrir a sus propios contenidos (pecado y muerte, gracia y divinización). Sin embargo, en la época moderna el esfuerzo creador de la teología viene decisivamente marcado por la Ilustración, cuyo ataque le ha obligado a aceptar el reto de integrar positivamente, en la determinación de los contenidos de la liberación, aquello que por su ausencia motivó la crítica ilustrada de la teología.

Determinación de la opresión fundamental

Kant y Marx simbolizan dos, momentos claves de la Ilustración: la exigencia de liberación de la subjetividad racional, y la lucha por liberar la realidad social e histórica de la miseria y la opresión. Para la teología esto supone el doble reto de mostrar que ambas liberaciones son legítimas desde la revelación de Dios, respondiendo así al ataque de que el mismo quehacer teológico es expresión y justificación de esclavitud. En ambos momentos se trata, pues, de *relacionar* teología y liberación *reconciliándolas*, ya que la teología ha sido acusada de mantener esclavizada la subjetividad por funcionar a partir de la autoridad, y también recae sobre ella la acusación de justificar ideológicamente la miseria y la injusticia.

A partir de este planteamiento general se pueden percibir las diferencias entre los enfoques de la TL y la TP. Ambas teologías intentan ser liberadoras, fundamentando su pretensión en la revelación, pero difieren al privilegiar en sus planteamientos uno de los dos momentos señalados. La TP trata de responder al reto del primer momento de la Ilustración, tomando en serio la autonomía del hombre y del mundo, pero refiriéndola a Dios, a diferencia de un secularismo sin Dios. Incluso la propia labor teológica se lleva a cabo integrando el funcionamiento autónomo de la razón (crítica histórica y literaria, instrumental filosófico) en orden a desmitologizar y a hacer razonables los contenidos

trascendentes de la fe. De esta manera pretende llegar al creyente amenazado en su fe por el impacto ambiental de la Ilustración o simplemente al hombre amenazado de sin sentido existencial.

La TL trata de responder en directo al segundo gran reto de la Ilustración, aunque de hecho

haya integrado buena parte de la respuesta al primero. Se centra en la absoluta necesidad de liberar la realidad oprimida y crucificada de hombres y pueblos enteros. A estos, sean creyentes o no, se dirige su mensaje de liberación apoyado en la fe, y potenciador de la fe de los creyentes que optan por colaborar en esa liberación. La TL propone el sentido de la subjetividad a través del esfuerzo por dar sentido a la realidad. Por eso, aunque sabe de la legítima autonomía de la razón, exige en el propio quehacer teológico el ejercicio de una razón "responsable" ante la realidad.

Esta diferencia de enfoque entre la TP y la TL en torno al objeto de la liberación tiene a nuestro parecer importantes repercusiones en lo referente a la efectividad misma del mensaje anunciado. A priori puede afirmarse que una teología que pretende descentrarse y ser así formalmente salvadora de la realidad, liberadora de otro (TL), es más evangélica en su planteamiento que una teología -para-sí, centrada en la liberación del propio yo, personal o eclesial (TP). Pero, además, a posteriori se puede constatar que la unificación de ambos tipos de liberación se realiza mejor desde aquel enfoque que desde éste último. Una teología obsesionada con el propio sujeto creyente, centrada en buscar el sentido de la propia fe, difícilmente llega a interesarse en serio por la liberación de la realidad. En cambio, una teología que intenta primordialmente liberar la realidad integra mejor el interés por la propia fe, y le da *de facto* una solución positiva: en la tarea de dar sentido a la realidad recobra el creyente el sentido de su fe.

En resumen, aunque tanto la TP como la TL se plantean seriamente la pregunta por la liberación, creemos que la respuesta de la TL aborda de lleno la opresión más problemática, fundamental e interpeladora para la teología: la muerte lenta o rápida, estructural o violenta de millones de seres humanos, absolutamente condenada por Dios y objeto primordial de la liberación desde un punto de vista histórico y cristiano.

Determinación del aspecto positivo de la liberación

Al determinar el "para qué" de la liberación ambas teologías coinciden más, al menos en la formulación: Reino de Dios, hombre nuevo, resurrección, etc. Ello es debido al carácter utópico de estas realidades, que permite una mayor convergencia de posiciones diferentes. Sin embargo, bajo formulaciones aparentemente iguales se esconden divergencias profundas: la referencia a la utopía, que todavía no-es, difiere según la comprensión que se tenga de lo que ya-es.

La TP, cuando habla del reino de Dios, tiende a recalcar la reserva escatológica el nombre de ese reino y a relativizar así las realidades históricas, como si todas fuesen equidistantes del rei no situado a una distancia infinita. Para la TL, en cambio, la reserva escatológica no relativiza, sino jerarquiza, dichas realidades: no todas están igualmente cercanas o lejanas al reino de Dios. Además, la TL añade a la reserva escatológica la "urgencia protológica", la exigencia de que la vida perennemente amenazada de una

parte de la creación de Dios llegue a ser realidad efectiva. La reserva escatológica, además de recordarnos que aún no ha llegado el Reino en su plenitud, debe servir de acicate para luchar constantemente por la realización de ese Reino utópico, cuyo elemento primordial (perceptible sólo allí donde falta) es la efectividad de la vida para todo lo creado. Por eso el correlato humano al reino de Dios no es sólo la esperanza (TP), sino *también* la práctica del hombre en la construcción de dicho Reino (TL). Por ser un principio *utópico*, este Reino nunca es adecuadamente realizable; pero en cuanto principio, mueve a realizaciones parciales a través de mediaciones históricas concretas que deberán ser discernidas. Corresponder al Reino significa, pues, dejarse juzgar por Dios, reconocer lo concreto pecaminoso y limitado desde su suma bondad y plenitud; pero también significa ser atraído por esa plenitud y ser movido siempre de nuevo a la realización del Reino. Esta praxis histórico-eclesial del Reino es la finalidad última de la TL.

Las fuentes del conocimiento teológico

La TL y la TP reconocen como fuentes del conocimiento teológico la revelación de Dios en la Escritura, la tradición eclesial y el magisterio de la iglesia. Sin embargo, ambas teologías difieren en la integración de esas fuentes en su labor de reflexión.

Dichas fuentes son fundamentalmente textos que en general remiten al pasado. La TL acepta lealmente estos textos, pero para discernir su verdadero significado trata de volver al momento pretextual de la revelación de Dios, a su acaecer real, que no se sitúa sólo en el pasado, sino que continúa en el presente. Naturalmente la TL admite que la "revelación" en sentido estricto ya se ha completado. Sin embargo, contempla también la posibilidad de que Dios se manifieste en la historia de manera continuada y novedosa, irreductible a lo ya sabido sobre Él. Esta posibilidad se concreta en los llamados "signos de los tiempos". La TP se refiere a ellos sólo como acontecimiento a tener en cuenta para la pastoral, pero es reacia a aceptarlos como lugar teológico, como manifestación de la voluntad y de la realidad de Dios. Para la TL estos "signos de los tiempos" (algunos de ellos sancionados incluso por la iglesia) son la actual palabra de Dios, a través de la cual Dios manifiesta algo de sí mismo. En correlación con ello, la TL tiene también como fuente de conocimiento la fe realizada de los creyentes: a partir de la *fides qua* se puede comprender mejor -no inventar, por supuesto- la *fides quae*, el objeto de esa fe (Dios y Jesús) que se vive de hecho.

Indudablemente, determinar lo que hay de manifestación actual de Dios en la historia y lo que hay de fe real en respuesta a esa manifestación requiere un discernimiento, que teóricamente podrá o no tener éxito. Pero lo que aquí está en juego es admitir la posibilidad de tal manifestación e introducirla en las fuentes del conocimiento teológico. La TL cree que Dios sigue estando presente en la realidad, que ésta habla de Dios. Por eso su tarea consiste en elevar a concepto la realidad, labor que es a la vez sistemática y coyuntural: los grandes temas de la teología (lo universal sistemático) y las realidades histórico-sociales (lo coyuntural concreto) se relacionan y complementan, pues lo coyuntural es captado históricamente como el "universal concreto" y teológicamente como "lo concreto de Dios"; y eso concreto es de tal densidad y magnitud que se abre a lo universal sistemático, dejándose iluminar por ello y enriqueciéndolo.

Así pues, la TL recalca, frente a la TP, la importancia del presente como fuente de conocimiento teológico. Pero además entiende la relación intrínseca entre presente y pasado de modo distinto a la TP. Ambas admiten que la revelación irrepetible y normativa de Dios en el pasado (Jesucristo) remite al futuro del Espíritu, y viceversa. Pero, para la TL, esta mutua remisión en orden a la comprensión de la revelación no es sólo conceptual: la relación entre pasado y presente se realiza en la praxis. Actuando como Jesús se va redescubriendo la presencia actual de Dios, y actuando según el Espíritu de Dios se va comprendiendo mejor la verdad de Jesús. Se puede constatar que, tomando en serio los signos de los tiempos como manifestación actual de Dios, no sólo no se desvaloriza el pasado, sino que se le redescubre eficazmente en todas sus dimensiones.

Comprender así las fuentes del conocimiento teológico significa aceptar in *actu* la realidad trinitaria de Dios que, aunque el totalmente otro en su trascendencia, no es puramente alteridad, sino que se ha encarnado en la historia, privilegiadamente en el Hijo, Jesucristo, y está perennemente presente en el Espíritu. En este darse Dios mismo a la historia reside la posibilidad de divinización del hombre y el hecho de que el conocimiento de Dios sea no sólo por disimilitud, sino también por afinidad.

El carácter cognoscitivo, ético y práxico de la teología

La TL y la TP difieren también en la comprensión del funcionamiento de la inteligencia dentro del mismo quehacer teológico. Frente a la comprensión reducida de la TP, según la cual entender consiste en captar el ser y el sentido del ser, la TL pone de relieve una concepción más amplia de la esencia y la finalidad de la inteligencia. Utilizando la expresión de I. Ellacuría, diremos que la inteligencia humana posee una triple dimensión: *hacerse cargo de* la realidad (aprehensión que supone estar activamente entre las cosas reales, no meramente ante su idea o sentido), *cargar con* la realidad (dicha aprehensión implica un compromiso ético, frente a las actitudes evasivas ante las exigencias de lo real) y *encargarse de* la realidad (proyección práxica por la que la inteligencia llega a su plena realización).

La TL acepta en su propia tarea esta triple dimensión de la inteligencia, desconfiando (por las perniciosas consecuencias constatadas) de aquellas teologías que ignoran las dos últimas facetas. En efecto, toda teología que no tematice la dimensión ética y práxica del conocer asume y justifica de hecho el status quo, se vuelve irrelevante y alienante. Pero incluso en el primer nivel cognoscitivo pueden darse planteamientos diferentes que condicionan el acceso a lo real. Conocer es estar en la verdad de las cosas, y ello exige unas condiciones que la TL ve y realiza mejor que la TP.

1. Encarnación de la verdad en la realidad Estar en la verdad de las cosas significa, por una parte, encarnarse históricamente entre ellas y, por otra, conocerlas analíticamente. La verdad se halla dejando hablar a las cosas mismas, tomando carne real allá donde se da la realidad de la revelación y de la fe. Esta manifestación concreta de la verdad es la que hace necesaria la incorporación de la filosofía y de las ciencias sociales en la TL, que permiten un conocimiento analítico de esa realidad concreta.

2. Disposición a la conversión. La inteligencia teológica, como todo lo humano, tiene su propia concupiscencia que la inclina a tergiversar la verdad. Hay que ser consciente de

la posibilidad pecaminosa de la inteligencia: una permanente disponibilidad a la conversión es condición de posibilidad de la teología.

3. *Parcialidad* Aunque la realidad posea su verdad en cuanto totalidad, ésta no se alcanza en directo, sino desde lo concreto, desde lo parcial. En perspectiva cristiana, la parcialidad que abre 'a la verdadera realidad es la encarnación en el mundo de los pobres, prescrita por la misma encarnación de Cristo. Esta parcialidad es más eficaz para conocer la realidad que otras parcialidades o que la aparente ausencia de parcialidad de la TP (que en realidad habla desde y para el "hombre moderno", históricamente minoritario y evangélicamente inadecuado como lugar parcial para el conocimiento teológico). Cada vez se demuestra con mayor claridad que desde el tercer mundo se conoce mejor la verdad de éste y del primer mundo, lo cual no acaece a la inversa.

En conjunto, pues, la TL es más consciente de lo que está en juego al analizar el funcionamiento de la inteligencia teológica en todas las dimensiones. Esto aparece con claridad en el tratamiento de contenidos más "históricos", pero también aparece en el de los más "trascendentes". Para la TL conocer el pecado supone experimentar su poder en la realidad, luchar contra él y por su erradicación; conocer el reino de Dios supone estar realmente entre las esperanzas de ese Reino, cargar con sus exigencias y colaborar en su construcción. Cuando pasamos de estos contenidos más "históricos" a otros más "trascendentes", como Dios y Cristo, el lenguaje que venimos empleando se hace quizás análogo, pero no equívoco. Conocer a Cristo y a Dios es estar cabe su realidad a la manera histórica, es cargar con las exigencias del ser hijos en el Hijo, es encargarse corresponsablemente de la causa del Reino, admitiendo la trascendencia de sus contenidos, pero también procurando la afinidad con ellos. Esto último puede parecer extraño o hasta prometeico, pero no lo es porque así es el Dios que se ha revelado y su Cristo. Se conoce a Dios en la medida en que se trabaja porque se haga realidad la voluntad de Dios; se conoce a Cristo en la medida en que se cumplen fielmente sus exigencias, en que se trabaja por la expansión del Reino, de manera que Cristo llegué a ser en verdad e históricamente el Señor, y que Dios llegue a ser todo en todos, según la afirmación paulina. En definitiva, hay que "practicar a Dios" (G. Gutiérrez), y esta dimensión ético-práctica ha de ser integrada en la teología de un modo radical. Esta es la actitud de fondo que diferencia a la TL de la TP.

La teología como quehacer cristiano

La teología es una tarea como otras muchas dentro del pueblo de Dios, y como tal debe ser hecha cristianamente. En este apartado analizaremos, pues, el talante cristiano del quehacer teológico tal como lo ve la TL, sin pretender una comparación al respecto entre TL y TP. Este talante, que pertenece al sujeto (individual o colectivo) de la teología, no garantiza de por sí el éxito del producto teológico, pues la "virtud" no sustituye al conocimiento; pero su presencia potencia indudablemente la calidad de la teología.

1. En primer lugar el talante cristiano implica *disponibilidad a la conversión*. Para la teología esto se traduce en disponibilidad a la verificación, a la evaluación periódica de su fidelidad a la revelación de Dios. Esto puede realizarse en parte *a priori* (fidelidad a lo ya transmitido), pero debe realizarse también *a posteriori*, reexaminando la propia

capacidad de presentar el evangelio como buena noticia para los pobres, de producir en el pueblo de Dios lucidez y ánimo para la construcción del Reino. Si una teología produce de hecho desinterés por el evangelio, se hace incomprensible para las mayorías o causa positivo rechazo, debe cambiar y no absolutizarse, sin culpar sólo a sus destinatarios.

2. En segundo lugar, como cualquier tarea cristiana, la teología debe ser *servicio* a la radical voluntad de Dios: la salvación, la liberación histórica y trascendente. El amor y el reino de Dios son la norma última de todo quehacer cristiano. Por ello también la teología debe ejercitar las características del amor cristiano: misericordia y compasión ante los sufrimientos y la pobreza de los hombres, creatividad para propiciar soluciones eficaces a ese dolor, perspicacia para desenmascarar su causa.

3. En cuanto cristiana la teología ha de estar dispuesta a introducirse en la conflictividad de la historia y a *padecer persecución* por parte de los poderes de este mundo. Sólo ésta la acreditará como testigo del verdadero Dios y facilitará su aceptación por los verdaderamente interesados en la fe cristiana.

4. Una *profunda eclesialidad* debe presidir la elaboración de la teología. Esto significa estar dentro del pueblo de Dios y a su servicio, en relación y solidaridad con todos sus estamentos, la jerarquía y las bases. La teología debe ayudar y ser ayudada por el pueblo de Dios en la tarea de responder a los problemas más graves y urgentes que éste tiene realmente planteados, sin decidir de antemano los contenidos teológicos a tratar. Por último; la teología ha de ejercer su responsabilidad, no sólo ante la jerarquía y las élites, sino ante nuevos fenómenos eclesiales como las comunidades de base, los movimientos populares. Acompañándoles en sus nuevos caminos la teología proclama prácticamente que la iglesia es pueblo de Dios.

5. Además de su carácter ético y prático, la teología tiene también una dimensión de espiritualidad. La teología cristiana tiene que ser hecha con el *talante espiritual de las bienaventuranzas*: misericordia hacia el sufrimiento real, limpieza de corazón para no anteponer los propios intereses a los de Dios, tendencia al empobrecimiento (crucificante pero fuente de creatividad), actitud de oración (hablar de Dios supone haber hablado con Dios). Por otra parte, la teología debe comunicar sus contenidos de modo que éstos apelen al espíritu de quien los recibe: motivando a la oración y la confianza, para así introducir en el misterio de Dios, y motivando al seguimiento de Cristo para introducir en el misterio del Hijo.

6. Como cualquier quehacer cristiano, la teología debe estar transida de *gratuidad*. Ciertamente la teología tiene su logos, sus propias leyes no reemplazables; pero un uso cristiano del logos presupone unos ojos nuevos, que no los proporciona la actividad humana (en este caso intelectual) como tal, sino la gracia otorgada por Dios. El qué y el cómo de esta experiencia de gratuidad es algo muy personal y variable, pero frecuentemente acontece en presencia de los pobres de este mundo, los privilegiados de Dios. Que surja luz teológica allí donde, según expectativas convencionales, menos pudiera surgir, es una experiencia histórica de gracia. Ciertamente la teología no puede basar su rigor científico en la experiencia de gratuidad, pero sin, ésta no puede alcanzar vigor cristiano.

7. Por último, la teología debe ser evangélica, es decir, *buena noticia*. Su tarea es elaborar una verdad, una exigencia y una práctica con la íntima convicción de que son buenas para el hombre y para la historia, y sobre todo para la liberación de los pobres. Convencida de que Dios y su Reino, Jesús y su seguimiento conducen a la planificación final del hombre, y de que *ya ahora* humanizan y salvan la historia, la teología ha de abandonar posiciones apologéticas a la defensiva y anunciar humilde y *gozosamente* la buena noticia de Dios para los hombres.

Una palabra final

Esta es la comparación entre la TL y la TP. Se podrían discutir los criterios empleados para la comparación, pues hay muchos otros posibles. Hemos elegido aquellos que nos parecen más apropiados para introducir a la naturaleza del quehacer teológico.

No podemos negar que esta comparación incluye una valoración, que no pretende ser maniquea ni otorgar un aire de superioridad a la TL; lo primero, porque la historia enseña que las cosas no son tan sencillas, y lo segundo, porque la misma TL y cada vez más autocríticamente conoce sus limitaciones. Una valoración más completa debería incluir: lo que la TL debe a la TP por sus logros en el pasado; los múltiples ejemplos de TP que, desde sus propias tradiciones y en honrada confrontación con la realidad histórica, han avanzado en radicalismo evangélico y opción por los pobres; las limitaciones de la propia TL que la eximen de la solidaridad con las teologías de otras partes.

Pero dicho todo esto, nos parece honrado reconocer que la TL ha tocado fondo en lo que está en juego en la teología. Ha puesto el dedo en la llaga de la humanidad actual (la miseria que crucifica a pueblos enteros), compartiendo sus esperanzas de llegar a vivir con dignidad, como hijos de Dios, y comprometiéndose responsable y servicialmente en su liberación. Junto a lo que se le ha dado gratuitamente de revelación, la TL recoge también lo que se le sigue dando gratuitamente de presencia de Dios en esta historia nuestra y de fe generosamente realizada en tantos hombres y mujeres. Todo ello, creemos, no es propiedad privada de una determinada teología, sino que debe informar cualquier teología en la actualidad; debe llevar a que el quehacer teológico en diversos lugares se haga solidariamente, dando y recibiendo unos de otros.

Condensó: MARIA JOSE DE TORRES